

EL DISCURSO DEL MÉTODO

de René Descartes

EXPOSICIÓN:

Sólo una enseñanza deficiente puede presentar los problemas de partida que se plantea un filósofo como radicalmente distintos de los que a nosotros mismos nos acosan. La inquietud inicial de Descartes es lo más parecida a una crisis de fe sobre sus más firmes convicciones, como puede darse en cualquier persona que se acerque a su edad madura.

Un tema de su época es el contencioso con Galileo (procesos de 1616 y 1632). Aunque Descartes se muestra en alguna carta en desacuerdo con la tesis copernicana no cabe duda que cierta desconfianza en los sentidos –cuya sensación de quietud falsea el vertiginoso movimiento diurno de la tierra- gravitaba en el ambiente, pareja con cierta desconfianza a todo lo tradicional y hasta entonces tenido por intocable "Nihil est in intellectu quod non fuerit prius in sensu" Esto Descartes lo sabía bien, por su formación escolástica –la escolástica de Francisco Suárez- que se enseñaba en el colegio de jesuitas de la Fleche, donde él estudió. Así pues, los sentidos nos engañan a veces como sucede en la citada ilusión de quietud, o en las ilusiones ópticas o en las fantasías de los sueños. Descartes desconfía, pues, de todo el conocimiento, pues desconfía de los sentidos, y el dato de los sentidos es el inicio de todo conocimiento.

Explica, al principio del discurso, el comienzo de su aventura intelectual: cansado al fin de verdades heredadas de débil certeza y fiado sólo del método que le ha proporcionado absoluta certeza en el quehacer matemático, decide universalizar ese método a toda su actividad cognoscitiva, dando al traste provisionalmente, en tanto no consiga firme fundamentación, con toda la turbamulta de creencias y débiles certezas.

Concibe como método:

- 1) Dudar de todo aquello de lo que no tenga certeza absoluta. Si algo admite la más mínima posibilidad de duda, metodológicamente y de modo provisional, lo tendrá por absolutamente falso.
- 2) Descomponer todo problema en sus partes más simples.
- 3) Analizarlo procediendo de lo simple a lo compuesto.
- 4) Hacer al final recuentos tan exhaustivos que pueda tener seguridad de que ninguna de las partes ha escapado al análisis.

Decide seguir viviendo de modo que adquiriera amplia experiencia de la vida antes de explicar este método, enrolarse en el ejército para poder viajar, conocer otros países y culturas, y adquirir así experiencia, conduciéndose mientras tanto por la moral tradicional que bien conocía, pero reputándola solo como una "moral provisional". Diez años le llevaron sus correrías en busca de experiencias, hasta que juzgó que estaba maduro y había llegado el momento de aplicar implacablemente el método de la duda universal. Veamos cómo razona entonces, del modo que recoge en su "discurso del método" y en sus "Meditationes Metaphisicae".

Los sentidos, argumenta, me engañan alguna vez; por ejemplo, cuando duermo. Luego metodológicamente entenderé que me engañan siempre. El resto de mis conocimientos empezaba por los sentidos. Luego metodológicamente los tendré todos por falsos, a falta de fundamento.

¿Qué fundamento primero, firme, indudable, tendré como clavo a que agarrarme y del que colgar todo aquello que quisiera recuperar, fundamentándolo? Se da cuenta de que si llegase a fundamentar la fiabilidad de su propia facultad de conocer, estaría salvado pues entonces tendría por fundamentado y cierto todo aquello que su entendimiento le presenta de modo claro y distinto. Para ello bastaría a su vez fundamentar la idea que tiene de Dios, un Dios creador y bueno, del que no es concebible que haya dotado a su criatura de una facultad de conocer, tan solo para engañarle. Pero recuerda que a Dios se llega en la filosofía que ha aprendido como la causa primera de unos seres de cuya existencia está dudando, pues al fin y al cabo los conoce por un entendimiento que se inicia en los poco fiables datos de los sentidos, y que por tanto ha decidido poner en entredicho.

En esa noche de duda y perplejidad encuentra súbitamente, como extraordinario hallazgo una primera antorcha, la cual irá llenando poco a poco toda la casa de luz; algo de lo que puede fiarse, porque no cabe de ello la más mínima duda, algo que no conoce por esos sentidos que metodológicamente reputa como engañosos: el sujeto. ¡El mismo! Provisionalmente, no como hombre de brazos y piernas, sino como el ser mismo que está pensando todo eso, que duda, algo que conoce solo como "*res cogitans*":

"Je pense, donc je suis"

Así pues admite al menos:

- 1) un ser: se admite a sí mismo, como puro ser pensante
- 2) el producto de este pensamiento que son las ideas.

Desde este único ser llegará a Dios, arrancando desde él una cadena causal al más clásico estilo Tomista: yo no puedo haberme hecho a mí mismo (pues en caso de ser así, me hubiera hecho con estas perfecciones que concibo y deseo y no con esta imperfección en mí patente que supone, por ejemplo, el hecho mismo de dudar. Su propia duda es, pues, noticia de su imperfección, y ésta noticia de su contingencia). Quien me ha hecho es "causa de sí mismo" –es Dios- o ha sido causado por otro ser, debiendo llegar al final hasta un ser causa de sí mismo, pues retirado éste, todos los otros quedan retirados en su existencia y por tanto en su causación, y en lógica consecuencia no estaría él ahí para contarlos.

Una segunda demostración de la existencia de Dios: las ideas de perfección infinita que él mismo concibe no pueden tener causa menos perfecta, luego esa causa debe ser la infinita perfección, a la que llamamos Dios (observemos que ha mantenido intactos –pues no tenía razón para dudar de ellos- los llamados primeros principios del entendimiento. El de causalidad; la causa no puede ser menos perfecta que su efecto...).

Aporta una tercera demostración de la existencia de Dios, que aun siendo muy característica de su modo de filosofar -del solo pensamiento, llegar a la realidad- no voy a transcribir, pues es de todos conocida: se trata de la prueba de San Anselmo.

Así pues, Dios, su Supremo Hacedor, por ser infinitamente bueno, es garante de la fiabilidad de su facultad de conocer, y en adelante va a fiarse de todo aquello que ésta le presente con idea clara y distinta. Ha aparecido una: el Yo (como *res cogitans*) y luego otra: Dios. Aparece por último el mundo, del que le dan noticia los sentidos, pero solo va a fiarse del aspecto de la materia en el que esta noticia es clara y distinta -matematizable, de hecho-, y es su extensión, la materia como "*res extensa*": su estudio es la geometría, la cual es reducible a número, gracias al método de las coordenadas.

CRÍTICA de la FILOSOFÍA POSTERIOR:

Exponemos en este apartado las críticas que la filosofía posterior ha opuesto al pensamiento de Descartes. El filósofo que provisionalmente ha querido dudar de la existencia de todo aquello en que realmente cree -la existencia de todo ser, incluido Dios- está obviamente predispuesto para dar un paso en falso, al intentar deducir del pensamiento -lo único de lo que no dudará- el mundo real (es decir, deducir de la esencia, la existencia). Pero señala Kant que es éste un intento vano, pues ese mundo pretendidamente real al que se llegará será tan solo un mundo "pensado", como solo es imaginada la fortuna del avaro loco que piensa hacerse inmensamente rico añadiendo ceros a la derecha de las cifras de su libro de cuentas. En otra comparación, de Vernaux: "*de un clavo pintado en la pared sólo puede colgar una cadena también pintada en la pared*".

Descartes se había formado en la escolástica tardía de Francisco Suárez quien no encontraba distinción real entre la esencia y la existencia de los entes, para quien que esta distinción era meramente de razón (lo que es propio del ser necesario, cuya esencia es su existencia, o dicho de otro modo, existe por esencia). Dice Heidegger que Suárez supone la raíz de la filosofía racionalista moderna. y en efecto, se comprende que, con esa mentalidad, Descartes intentara deducir la existencia del mundo - en vez de limitarse a observarla- como si el mundo existiera por necesidad. Pero de hecho, sólo en Dios se da esta necesidad de ser, esta identificación de esencia y de existencia, este existir por esencia: "*Yo soy (esencia) Yaveh*", es decir, "*el que es (existencia)*". Predicar esto mismo de las criaturas es tomarlas en cierto modo por Dios -panteísmo- abocamiento inexorable de toda filosofía que parte del pensamiento y no del ser, y que sea filosofía coherente con su punto de partida, contrariamente al discurso incoherente de Descartes, sesgado por su prejuicio de creyente: la existencia de Dios en su discurso, y por tanto todo lo demás, está "sacada de la manga", como los filósofos posteriores se encargarían de mostrar: Porque, si no vamos a fiarnos del conocimiento, ¿cómo vamos a dar crédito al principio de causalidad?

Incluso en el caso de Dios, St. Tomas afirmaba que la presencia de la existencia en su esencia solo se da en sí mismo ("*quoad se*"), y no en nuestras mentes ("*quo ad nos*"), por lo que debemos acceder discursivamente a su existencia, partiendo de la noticia -observada, no deducida- de la existencia de las criaturas. A nadie se le escapa, ni al mismo Descartes, que su trayectoria es esencialmente la seguida por San Anselmo al llegar a un Dios real desde el puro pensamiento, y esto mismo ocurre a toda la filosofía idealista: toda ella consiste en variaciones al argumento de San Anselmo, que es de hecho el más citado por sus autores.

Insistimos: la actitud de quien decide cerrar los ojos dudando de la existencia de los seres, es decir del que intenta deducirla de su esencia, es la de quien ha identificado o diluido la existencia en la esencia, con lo cual ha perdido definitivamente -desde que cerró los ojos- la verdadera "existencia", aquella que trasciende a la esencia: Este es el "*olvido del ser*" del que habla Heidegger, y que caracterizará toda la filosofía posterior, hasta el idealismo.

Para Leonardo Polo, es éste un olvido del "*acto de ser*", el cual es consecuencia del olvido previo del "*acto de conocer*", es decir, el acto por el que el ser se hace presente en mi facultad de conocer. En él se da verdad, es decir, identidad de formas, coactualidad de formas: coactualidad entre la forma (o contenido inteligible) de lo que conozco y la forma de la idea que de él concibo (la idea por la que él se hace presente en mi facultad de conocer). Así, al ser la idea u objeto intencional (respecto del ser del ente) en el acto de conocer la idea conozco inmediatamente al ser, como lo que se me da en la idea, sin mediación alguna.

En esto, Polo presenta una versión moderna de un tema antiguo: que el ser es *primum cognitum in intellectu quasi notissimum, in quo omnes conceptiones solvuntur* (Sto. Tomás) Para el aquinate, la filosofía comienza con el *Res sunt*, con la noticia de la existencia de seres que nos da nuestra facultad de conocer. Mucho hay que forzarla para dudar de la existencia de los seres por lo que esto solo es posible mediante un acto que no es de conocimiento sino de voluntad: "*volo dubitare de omnibus*" (en cierto modo, es propio de filósofo formado en una escolástica tardía, de corte voluntarista). En efecto, lo natural en ella es la apertura hacia el ser.

Difícilmente se puede llegar después al *res sunt*, quedando esa filosofía, si es coherente, encerrada en un mundo de ideas, en un idealismo que no llega a trascender. Su inmanencia choca con el sentido común - articulado en las diversas formas de la filosofía realista- en una actitud intelectual forzada, a la que no le faltan, como hemos señalado, ciertas dosis de voluntarismo. No ocurre esto sin peligro para la civilización, a la larga, cuando la evolución histórica de la filosofía desarrolle las implicaciones en ella germinalmente contenidas: del *volo* cartesiano se llegará a la "*voluntad de poder*". El proyecto reemplazará a la verdad, la praxis a la teoría. El resultado es que una sociedad entera puede ser encorsetada en la estrechura de un proyecto o esquema mental, y puede ser encorsetada en un esquema preconcebido la historia tal como ha sucedido en su interpretación dialéctica en términos de lucha de clases. El siglo XX pasará a la posteridad como el siglo de los totalitarismos, de las "camisas de fuerza" que creó un peculiar sentido común germánico, heredero de la filosofía de siglos anteriores. En esto tiene razón Hegel: "*El primer filósofo germánico fue Descartes*".

¿*Res sunt* o *volo dubitare de omnibus*? ¿conozco el ser, o conozco mi propia idea? ¿son puntos de partida mutuamente irreductibles? ¿se trata de una opción intelectual entre dos concepciones filosóficas, que - una vez desarrolladas históricamente- resulta una opción moral? La respuesta de Kierkegaard es conocida, es el título de su primera obra: "*Enten Eller*" "*O lo uno o lo otro*" (o el ser o el idealismo. No hay componendas. De una postura no se llegará jamás a la otra). Aunque para algunos autores esto es así, para otros este planteamiento como mera "opción" es una fácil simplificación. Esto al menos opina Polo, quien filosofa del siguiente modo (en su curso de teoría del conocimiento): ¿conozco primariamente el ser, o conozco la idea?

Respuesta: conozco la idea (objeto) pero en ella se hace presente -inmediatamente- el ser (intencionalidad del objeto). En la idea conozco el ser.

CRITICA PERSONAL: EL ACCESO AL SUJETO.

Ahora bien, Descartes nos ha servido tres demostraciones de la existencia de Dios, y podría decirse que tan sólo a la segunda y a la tercera (la de San Anselmo) puede aplicarse propiamente estas observaciones, porque en la primera de ellas el filósofo ha llegado a Dios como primer eslabón de una cadena causal que arranca de un primer ser finito, limitado, pero que cuya existencia está exenta de dudas, o que emerge de la duda por el mismo hecho de dudar: ¡Yo!

Aquí hay un paso espurio, en opinión de Polo: y es que lo que "se me da" en el pensamiento es el ser, y no el propio pensamiento, pues siempre pienso "algo", nunca mi propio pensar. Éste de hecho, no es objetivable: no distingo al "yo" entre otros seres, del mismo modo en que distingo los seres, unos de otros, por su esencia, pues el "yo" no es categorial, no es definible, no se me da por su esencia. Puede decir, sí, que estoy pensando en mi pensamiento, pero el pensamiento que yo pienso no es el pensamiento que piensa. El "yo" que pienso no es el "yo" que piensa. En definitiva, el "yo" recuperado por Descartes después de dudar, después de olvidar el ser y encerrarse en un mundo de esencias es el "yo pensado" (el clavo pintado), y no el "yo que piensa", el "yo real" (clavado en la pared).

En mi opinión, cabría interpretar a Descartes de otro modo, más cercano al planteamiento realista: El "yo" de Descartes, no sería el "yo" al que ha llegado el filósofo después de dudar (en efecto, un "yo pensado") sino el "yo" del que no ha conseguido dudar cuando se propuso dudar de todo (o más precisamente cuando se propuso rechazar metodológicamente todo aquello de lo que le cupiese la más mínima duda). Aunque sea tan solo a partir de un solo ser, el yo, el único del que no dudo, al menos este ser sería real, y podría, desde él, legalmente, remontar la cadena causal que concluye en la Causa Primera, siempre que admita el principio de causalidad. Este no lo rechaza Descartes, pues su rechazo solo se extiende a aquellos conocimientos de los que cabe imaginar la más mínima duda y, al parecer, no considera que entren en esta categoría los primeros principios del conocimiento. El problema es que, una vez sembrada la duda acerca del conocimiento, los que vengan después también pondrán en duda que tengan correlato real estos principios básicos con que opera el conocimiento. Será el caso de Hume -rechazará el principio de causalidad- y luego el de Kant.

En todo caso, es importante reconocer un mérito indudable, tremendamente innovador en la filosofía de Descartes: el descubrimiento del sujeto, el descubrimiento del yo, al que no lo conocemos del mismo modo que conocemos como cualquier otro ente. La autoconsciencia es el tema ya ineludible que ha sido puesto sobre el tapete de la filosofía por René Descartes.